

como hasta aquí: no os deis prisa á inscribiros, electores.

Convenimos en que no están enteramente faltos de verdad los que así discurren, en especial por lo tocante al espíritu que domina al gobierno: el ministerio no cuida mas que de su existencia, y como que ya se ha hecho insensible á toda acusacion, seguiria indudablemente conservarlo su posicion aunque para ella tuviera que arrostrar todo el baldon de su miseria. No penseis conmovérle aunque le digais que dentro de dos ó tres años podrán las elecciones llegar á ser muy peligrosas por la irritacion siempre en aumento de los ánimos, ¿qué le importa al ministerio ningun interés que no sea el de su existencia? Mas en las circunstancias que atravesamos los agentes del poder no pueden entregarse libremente á las inclinaciones de su carácter: algun dia tendrán que ceder á la fuerza.

Es probable que despues de la próxima legislatura ocurran muchas dimisiones: no pocos diputados piensan que sus poderes legales espiran al cabo de 5 años. El 1828 deberá por lo tanto producir reelecciones parciales. ¿Querrán dejarlas en beneficio de los que tengan derecho á ellas? Además ¿no nos autoriza todo á presumir que esas reiteradas dimisiones traerian una disolucion completa en pos de sí? Téngase pues bien presente lo que hemos dicho en nuestro discurso anterior.

Finalmente si hay intencion de inscribirse en la lista de los electores jurados ¿por qué razon se ha de retardar el hacerlo dando lugar á funestas eventualidades? Supongamos que se disuelva la cámara de los Diputados, ¿qué importa? El elector no habrá perdido su derecho y podrá esperar tranquilamente lo que suceda.

Pierdan todo temor los que pudieran tenerlo por lo tocante á ejercer las funciones de jurado. Es cosa ya demostrada que en los departamentos no les puede tocar mas que una vez cada ocho años. ¿Habrá nadie que por tan pequeña molestia se resigne á privarse del magnífico derecho electoral? Mas ni aun así conseguiria nadie evitar la molestia, pues aunque perderia el derecho de elector, seguiria siendo jurado. El prefecto puede en cualquiera ocasion inscribiros oficialmente en la lista y los mismos ciudadanos de cuyos honrosos trabajos no habreis querido participar, serian los primeros en denunciaros como idóneo para ser miembro del jurado.

No busquemos en el poder ministerial, ni en su amor al reposo, ni en su acostumbrada imprevisión, ni en sus demás defectos, excusas que autoricen nuestra pereza ó negligencia. El gobierno puede cuando menos se piense salir de su índole: no hay persona que no desmienta alguna vez sus propias faltas. Cierta es que exigen silencio é inmovilidad en lo exterior, cierto es que sacrificarian la dignidad del país por producir la subida de algunos céntimos en los fondos públicos; mas si se tratara de conservar su puesto un ministro, no se repararia en dificultad de ningun género, golpes de Estado, licenciamiento de la guardia nacional, libertades públicas, de todo se echaria mano sin consideracion. Los hombres que han abierto un abismo bajo nuestras plantas son los únicos que se empeñan en no ver los síntomas de la crisis que sus desaciertos nos han preparado. La censura, lejos de remediar los males, no ha hecho mas que darles nuevo pábulo. ¿Ha calmado la censura la malevolencia del público hácia el ministerio? Acusábase á los periódicos de dar órdenes, dictar leyes y amotinar el pueblo hasta con el pretexto de acompañar el féretro de algun ilustre finado. La prensa tuvo que enmudecer. ¿Mas dejaron por eso de ser acompañados al último asilo los restos mortales de Mr. Manuel?

¿Qué es lo que se oyó en esos funerales en que la censura trató de imponer su silencio hasta en el mismo recinto de la muerte? ¿Ocurrió por ventura algo me-

nos que en la inhumacion del general Foy, verificada bajo los auspicios de la prensa libre? En la actualidad hasta los muertos hacen oposicion al gobierno.

La religion, segun ya lo habiamos anunciado, padece extraordinariamente con esta situacion. Verdad es que en los periódicos no se habla ya de misioneros, ni de jesuitas; pero prestad atencion á lo que se dice en vuestro alrededor y oireis que ahora las acusaciones se dirigen contra todo el clero en masa. Segun dicen sus enemigos, no se ha establecido la censura mas que para favorecer su ambicion y poder ocultar sus defectos: el clero, insisten diciendo, quiere la ruina de la ley fundamental, y la Constitucion es incompatible con su existencia. Tales son las calumnias á que ha dado márgen el sistema ministerial, absurdas é indignas ciertamente, mas no por eso menos populares, y téngase entendido que las mentiras han causado en el mundo males de mas consideracion que las verdades. Los pequeños Maquiabelos de la presente época piensan que todo marcha en regla cuando el pueblo tiene pan y paga regularmente las contribuciones. Ignoran esos supuestos hombres de Estado que la sociedad tiene necesidades morales mas imperiosas aun que las físicas. Cuando esas sociedades se dan por ofendidas en sus libertades, opiniones, en sus gustos ó en su orgullo, en vano será que los campos se cubran de mieses, por todas partes aparecerán síntomas de disgusto que anunciarán un próximo trastorno social. En el orden político los males físicos causan sediciones, y los sufrimientos morales son los que producen la revolucion. No faltan ejemplos de pueblos que hallándose en pleno goce de todas las riquezas de la tierra y todos los tesoros del cielo han caído, digámoslo así, en un acceso de delirio. ¿Por qué? Porque en el fondo de su pecho alimentaban una secreta herida que sus gobernantes no acertaron á curar. Roma sufrió con resignacion la mas cruel carestía y se conmovió toda por el honor de Virginia. París se avenia á perecer de hambre antes que abrir sus puertas á Enrique IV. La libertad, la religion, la gloria, son los poderosos móviles que arman á los hombres; los brazos solo sirven á las inteligencias.

Han querido establecer la censura por mil razones personales y tal vez para favorecer las elecciones en sentido del poder administrativo. Jamás conseguirán con ella los resultados que se prometian, y si por el contrario males sin cuento, si el gobierno no se da prisa á destruirla cuanto antes. Las nulidades se han espantado de su propia sombra y á ese temor han sacrificado la libertad.

Estupefacto quedará el país cuando en la próxima legislatura pueda fijar la vista en todas las ruindades de la censura, y en todos los males causados por los intereses personales y por las mezquinas pasiones políticas y literarias. Forzoso será que en la tribuna se explique la historia de los blancos y las intrigas de la censura en conceder á unos periódicos lo que negaba á otros. ¿Cómo han podido imaginarse que esta gran nacion olvidaria todo lo que habia aprendido, y que se sujetaria sin indignacion á no hablar de sus mas caros intereses sino con superior licencia? ¿Un pueblo que cuenta ya cuarenta años de instruccion en lo tocante al gobierno representativo, despues de haber pagado con su sangre y sudores ese rudo aprendizaje; una nacion que por espacio de cinco años ha gozado de entera libertad del pensamiento; una nacion cuyo derecho escrito está cimentado en una Constitucion y en los juramentos de dos reyes, ¿podria sufrir por mucho tiempo la férula de una censura hambrienta que con nada mas quiere satisfacerse que con las libertades de la nacion?

¿Queréis hacer cesar todas las divisiones, calmar todas las inquietudes, dar prosperidad á la nacion en lo interior y hacerla invulnerable en lo exterior? Pues bien: observad puntualmente la Carta, no porque es-

ta se llame Constitucion, código, principio, ley fundamental, sino porque es la sincera expresion de todas las necesidades de la época. Bonaparte no pereció sino por haber sido infiel á su mision, porque siendo hijo de la república, dió muerte á su propia madre. Dióse demasiada prisa á gozar y abusó de su gloria como de una juventud fugitiva. Presentábase casi á un mismo tiempo en todas las regiones: inscribia precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, arrojaba en medio de su rápido curso coronas á su familia y á sus soldados; obraba aceleradamente al erigir monumentos, al confeccionar leyes, y al gozar sus victorias. Encorvándose sobre el mundo con una mano aterraba á los reyes, y con la otra al gigante revolucionario; mas al vencer la anarquía ahogó á la libertad, y concluyó por perder la suya en su último campo de batalla.

Y nosotros desde el centro de nuestra flaqueza, desde el fondo de nuestras amadas tinieblas; nosotros antiguos inválidos de otro siglo, que apenas llamamos la atencion en el actual, nosotros tendremos la presuncion de luchar victoriosamente contra unos principios que ni el mismo Bonaparte, lleno de vida, lleno de gloria, hijo vigoroso del siglo, no pudo atacar impunemente, principios que dejaron sin fuerzas al gigante en el acto de separarse de ellos!

Solo por medio de unas elecciones independientes, podremos librarnos de un sistema que perjudica á la corona, mata las libertades, oprime los opiniones, introduce la discordia en los ánimos, paga con ingratitud los servicios, destruye la industria, paraliza el comercio, y por último, no simpatiza con ninguna de las opiniones de Francia. En nuestra mano está conseguir el triunfo; cumplamos con las formalidades de la ley del 2 de mayo. Si nos descuidamos de poner en práctica nuestros derechos electorales, Dios sabe hasta cuándo se perturará la política mezquina y opresiva que nos abruma. Esta política producirá tarde ó temprano una catástrofe: de manera que el inscribirnos en las listas del jurado es lo mismo que defender el trono, el altar, nuestras libertades, nuestros bienes y nuestras familias.

Tal es el parecer de los amigos de la libertad de imprenta y en particular de aquel cuya divisa será siempre *rey, Constitucion y honradez*.

DE LA RESTAURACION

Y DE LA MONARQUÍA ELECTIVA Ó SEA RESPUESTA Á LA INTERPELACION DE ALGUNOS PERIÓDICOS SOBRE HABERME NEGADO Á SERVIR AL NUEVO GOBIERNO.

DIVERSOS periódicos han tenido reiteradas veces la complacencia de preguntarme por qué razon me negaba á servir á una revolucion que consagra los principios que yo he defendido y propagado.

No me habia yo olvidado de esta pregunta; pero deseaba salir en paz del mundo político, así como me retiro del mundo literario en el prefacio del escrito (1) con que termino mis *Obras completas*, y que saldrá á luz de aquí á pocos dias «¿Para qué (decia yo en mi interior) he de armar contra mí las pasiones? ¿No ha sido bastante borrascosa mi existencia? ¿No he de gozar breves momentos de reposo ni aun en el borde de la huesa? Una proposicion presentada á la cámara de los Diputados me ha hecho variar de propósito. Los hombres de corazon me comprenderán. Libre apenas de un largo y penoso trabajo, tengo que turbar el postrer momento que acaso podré pasar en mi patria; pero se trate de un asunto de honor y no quiero evitarlo.

(1) *Discursos ó estudios históricos.*

Desde las jornadas de julio ro he incomodado al poder con mis lamentaciones. Hablé de la monarquía electiva á los pares de Francia antes de que se estableciera, y en la actualidad hablo de ella á los franceses, cuando ya cuenta ocho meses de existencia. Un grave motivo, la caída de tres soberanos, me habia obligado á explicarme, y otra circunstancia no menos grave, la proscripcion de esos reyes no me deja permanecer en silencio. En este opúsculo (refutacion indirecta de la proposicion presentada á las Cámaras legislativas, y explanacion de mis ideas, sobre lo que existe) los partidos se encontrarán mas ó menos lastimados. No halago á nadie, y á todo el mundo digo duras verdades. No quedándome ya mas esperanza que la de un incierto porvenir mas allá de la tumba, me importa que mi memoria no quede agravada con mi silencio. No debo callar por lo tocante á una restauracion en que tanta parte he tomado cuando oigo ultrajarla diariamente, y cuando por último la proscriben en mi presencia. Sin amigos, sin apoyo, nadie responderá por mí, sino yo mismo. Hombre solitario, compelido por la casualidad á tomar parte en los intereses sociales, ni guiándome de nadie, aislado en la restauracion, aislado despues de la restauracion, permanezco como siempre, independiente de todo, adoptando lo que me parece bueno, desechando lo que me parece malo, sin cuidarme de agradar ni desagrada á los que lo profesan. En la edad media, durante las públicas calamidades, acostumbraban meter un religioso en una pequeña torre, y allí le hacian ayunar á pan y agua por la salud del pueblo. No dejo yo de presentar algunos puntos de semejanza con ese religioso del siglo xii: desde la tronera de mi torrecilla expiatoria, voy á predicar mi último sermón, que acaso ninguno de los que pasan se parará á escuchar.

De dos clases son las razones que me han impedido tributar homenaje al gobierno actual: las unas son generales, y las otras particulares ó personales: hablaremos ante todo de las primeras.

Si se hubiese verificado la restauracion en 1796 ó en 1797 no hubiéramos tenido Constitucion ó por lo menos habria sido sofocada en medio de la conmocion de las pasiones. Bonaparte oprimió la libertad que existia en su tiempo; pero le preparó el camino para el porvenir, porque puso freno á la revolucion, y acabó de destruir los restos de la antigua monarquía. Fue, digámoslo así, el que labró el campo de la muerte y de las ruinas: su poderoso arado, conducido por la gloria abrió los surcos en que debian sembrarse las libertades constitucionales.

La restauracion ocurrida despues del imperio habria podido sostenerse á beneficio de la Carta, á pesar de la desconfianza que inspiraba, y á pesar de los triunfos extranjeros, de los cuales aunque por de pronto parecia ser objeto, no era en realidad mas que un mero incidente.

La legitimidad era la encarnacion del poder: sosteniéndola con libertades, habria gozado una lozana existencia y al mismo tiempo nos habria enseñado á templarla. Lejos de comprender esta verdad, se empeñaron ciertos hombres en acumular poderes sobre poderes y la restauracion pereció por un exceso de su principio vital.

No me puedo abstener de echarla de menos, porque era mas á propósito que ninguna otra forma de gobierno para completar nuestra educacion. Si hubiésemos podido pasar tranquilamente veinte años de libertad de imprenta, las generaciones antiguas habrian acabado de desaparecer: se hubieran modificado las costumbres nacionales de tal manera, y la razon pública habria hecho tales progresos, que en lo sucesivo se habria podido soportar sin peligro cualquiera revolucion.

El camino que se ha seguido es mas corto: pero ¿es mejor? ¿es mas seguro?

Existen dos clases de revolucionarios: los unos desean la revolucion con la libertad, y son los menos; los otros, que componen la inmensa mayoría, la desean con el poder. No nos hagamos ilusiones; creemos de buena fe que la libertad es nuestro idolo; pero nos engañamos. La igualdad y la gloria son las dos pasiones vitales de la patria. El genio de la Francia, es el genio militar; esta nacion viene á ser un soldado. Se ha amado la libertad en tanto que esta ha hecho oposicion á un poder aborrecido, y que al parecer tenia empeño de contrariar las ideas nacionales; mas asi que ese poder ha venido al suelo ¿quién sino yo, y un centenar de bienaventurados como yo se acuerda de las libertades obtenidas? Al mas pequeño motin que se haya hecho en sentido de su opinion, al sentir la mas insignificante picadura por parte de algun periódico el mas acérrimo defensor de la libertad de imprenta invoca en alta voz, ó en tono muy bajo el establecimiento de la censura. ¿Creéis que esos doctores que en otro tiempo nos demostraban la excelencia de las leyes de excepcion, que luego cuando cayeron de sus puestos se manifestaron apasionados de la libertad de imprenta, y que ahora se jactan de haber combatido siempre en favor de esa libertad; creéis, vuelvo á decir, que no se sienten en la actualidad inclinados á sus primeras tendencias hácia una prudente libertad, lo cual en boca de tales hombres quiere decir, libertad con librea ministerial, cadena y placa al cuello, transformada digámoslo así en portero de la cámara? ¿No les oímos todavía decir como en otro tiempo, que es imposible gobernar de ese modo?

Lo he predicho en mi primer discurso en la cámara de los Pares: la monarquía del 29 de julio se halla en una condicion absoluta de gloria, ó de leyes de excepcion: vive por la prensa y la prensa la mata; sin gloria, tendrá que ser devorada por la libertad, y si ataca á esa libertad, perecerá. Donoso seria vernos levantar barricadas contra la libertad de imprenta, despues de haber arrojado por medio de barricadas tres reyes en obsequio de esa libertad. Y sin embargo, ¿qué hemos de hacer? ¿Bastará la redoblada accion de los tribunales para contener á los escritores? Un gobierno nuevo es muy parecido á un niño que necesita andadores. Volveremos á poner en mantillas á la nacion? Ese terrible niño que ha mamado tanta sangre en los bibaques cuando estaba sostenido por los brazos de la victoria ¿no desgarrará todas sus envolturas? Solo un antiguo vástago con hondas raices en los tiempos pasados era el que podia sufrir impunemente el embate de los vientos de la libertad de imprenta. Se gozó libertad en Francia durante los tres primeros años de la revolucion, porque habia legitimidad. ¿Qué se hizo esta libertad desde la muerte de Luis XVI hasta la restauracion? Arrolló cuanto se le puso por delante en tiempo de la república y cayó exánime en tiempo del imperio. Veremos qué suerte le cabrá bajo la monarquía electiva.

A cada paso se descubren nuevas dificultades por parte de esta: por de pronto no está de acuerdo con las monarquías absolutas que la rodean: su mision es avanzar, y los que la dirigen no se atreven á hacerlo: no puede ser estacionaria, ni retrógrada, y sus guías por miedo de precipitarse son estacionarias y retrógradas: sus simpatías están en favor de los pueblos; si le hacen renegar de esas simpatías, no podrá contar con un aliado. Finalmente esa monarquía marcha continuamente amenazada por tres fantasmas: el espectro de la revolucion, el de un niño que está jugando en el extremo de una larga fila de sepulcros, y el de un jóven á quien su madre dió lo pasado y su padre el porvenir.

En la actualidad todo el mundo conviene en que la restauracion fue una época de tiranía, y el imperio una época de independencia: lo cual sin embargo no deja de ser una manifiesta falsedad. No poco se admi-

raría de su corona cívica, si llegara á resucitar el liberal de las conscripciones, el que ametrallaba al pueblo en las gradas de San Roque el 13 vendimiaire, y obligaba á los representantes del pueblo á saltar, por las ventanas en *Saint-Cloud*. No poco se admiraría de que la libertad de imprenta, la libertad de la tribuna y la soberanía del pueblo fuesen los extraños elementos que constituian su imperio. Llegan algunos al extremo de sacrificar la reputacion nacional en obsequio de la de Bonaparte: diríase que la nacion nada suponía sin él. Cuidado que halagándonos el oido con nuestra independencia no caigamos extasiados ante el despotismo: cuidemos de elevar el honor nacional sobre la gloria de un hombre por grande que sea.

Por lo demás los quince años de la restauracion con sus inconvenientes, sus faltas, su estupidez, sus tentativas de despotismo por las leyes y por las actas, y la malevolencia del espíritu que las dominaba, son, si bien se mira, los años de mas libertad que han gozado los franceses desde la época en que principian sus anales.

Hace seis meses que estamos presenciando un milagro: los resortes del poder se han roto completamente: obedece el que quiere, y sin embargo la nacion se gobierna á sí misma y vive sostenida únicamente por el espíritu de progreso de su razon. ¿Cuándo se ha podido verificar ese progreso? ¿Será en tiempo de la Convencion, del Directorio, ó del Imperio? No, sino durante el reinado de la libertad de imprenta y de libertad de la tribuna. Esto que yo digo irritará tal vez las pasiones del momento; mas cuando la efervescencia de estas haya pasado, todo el mundo lo repetirá como una verdad.

Ni aun de esplendor han carecido esos quince años de la restauracion: así lo acreditan magníficos edificios, estatuas, canales, barrios nuevos en la capital, mercados, puentes, acueductos, y una numerosa multitud de obras de ornato público; así lo manifestarán la reorganizacion de la armada, la libertad de la Grecia, el establecimiento de una valerosa colonia en la guarida de los antiguos piratas que toda la Europa durante tres siglos no pudo destruir, un inmenso crédito público y propiedad industrial, cuyo estado floreciente con nada puede atestiguar mejor que con las bancarrotas generales que han ocurrido desde el establecimiento de la monarquía electiva.

Oigo hablar del abatimiento en que habia caido la Francia respecto de Europa durante la época de la restauracion. Los que así se expresan habrán sin duda desafiado el fuego de la guardia real al frente de la juventud en las tres memorables jornadas, y marchando en la actualidad en sentido de la revolucion consumada se habrán reido de los cosacos y los panduros, socorrido á los pueblos que responden al grito de libertad, y empujado nuestras belicosas generaciones hasta las márgenes del Rin. Esos arrogantes insultos á la restauracion, me han hecho imaginar que Napoleón agitando sus cenizas sepultadas en el mar de la isla que le sirve de tumba volvia por las pirámides, Austerlitz y Marengo. He fijado la atencion y ¿qué es lo que he visto? No he visto mas que unos nobles campeones, sensibles en alto grado á nuestro deshonor nacional; pero por lo demás hombres los mejores del mundo. Han conseguido la paz de Europa, dejando maltratar á los pueblos que habian tenido la tontería de creer en la formalidad de las declaraciones de no intervencion. Aquella pobre legitimidad se acordaba alguna vez de que tenia sangre en las venas. A pesar de la Inglaterra se atrevió á ir desde el Bidasoa á Cadix, luchó y venció en favor de la Grecia; se apoderó de Argel, bajo el cañon de Malta y declaró que no cedería esta conquista, sino cuando y cómo se le antojara. El gobierno actual sigue otro derrotero: rehúsa la Bélgica á pesar de la nacion: deja degollar los polacos á pesar de la nacion, y deja ó va á dejar

que el Austria ocupa á Parma, Plasencia, Módena y acaso Bolonia y lo demás, á pesar de la nacion. Siga conduciéndose de ese modo y los gabinetes de Europa: le darán la preferencia sobre la monarquía pasada y ganará su legitimidad cerca de los gobiernos legítimos, come un caballero ganaba en otro tiempo sus espuelas, no con la lanza en ristre, sino con sombre-ro en mano.

Comprendo á las personas, que habiendo visto lastimados sus intereses por la restauracion, me hablan de ella con cólera: si otros hombres enemigos de la raza de los Capetos quieren desterrarla y opinan que una revolucion no puede darse por consumada hasta que se cambia de dinastía, aunque no acertó á explicarme su cólera, comprendo su sistema; si los verdaderos triunfadores de julio se expresan con amargura por lo tocante á las causas que segun su opinion comprimian su enerjía, me asocio á su generoso ardor, y á sus vivas esperanzas. Mas cuando oigo á ciertos sujetos que iban detrás de la restauracion, solicitando honores, ardiendo en deseos de ser ministros, y conservando aun en la actualidad sus empleos, ¿cuando les oigo contar á la faz del mundo el desprecio que profesan á la restauracion, pierdo la paciencia: guarden ese desprecio para sí mismos y tengan entendido que los verdaderos amigos de la restauracion nunca aceptaron de ella mas que el honor y la libertad. Conservo en mi poder cartas que mi ilustre amigo M. Canning me escribió y que probarán á la posteridad que la Francia en tiempo de la restauracion, ni se vió tan humillada, ni tuvo que sufrir lo que algunos aparentan creer. El emperador Alejandro me suministraría tambien irrecusables testimonios de esta verdad. Tengo pruebas de la confianza que me dispensaba mandando que me dieran por escrito que con los ojos cerrados firmaría cuantos tratados le presentara en nombre de la Francia: tampoco ignora la diplomacia que nunca he cesado de pedir repeticiones mas equitativas para mi patria que las que se concedieron por el tratado de Viena. Segun el plan general que hice adoptar, y en el cual figuraban las colonias españolas emancipadas, habríamos obtenido límites que no habrian dejado la capital de Francia, ocupada dos veces por ejércitos extranjeros, á seis jornadas de la caballería enemiga. Mas ¿han dejado en este país las mezquinas rivalidades, lugar á ningún hombre colocado en alto puesto para llevar á cabo algun proyecto útil? Si el niño por quien di mi voto en agosto hubiera subido al trono, si yo hubiese tomado asiento en su consejo; si hubieran estallado las desavenencias del Norte, yo habria convocado la juventud francesa en torno de Enrique V y le habria pedido que con el jóven monarca tratasen de borrar la afrenta de Luis XV. Atrevanse los ministros de la monarquía electiva á tomar ese partido. Cuando el gobierno actual haya hecho tantos beneficios al país como los que hemos demostrado haberle sido hechos por la restauracion, entonces podrá tolerarse que la insulte; pero hasta ese momento, procure ser modesto, y tenga entendido que lo que debe llevarse muy erguido no es la cabeza, sino el corazon. ¿Hablais del abatimiento de la Francia, cutando vosotros mismos estais arrodillados? Ridículamente haceis alarde de arrogancia. Los vencidos que ciertamente no lo fueron por vuestras manos, pueden aun á pesar de sus heridas recoger el guante y daros en rostro con vuestros desdenes.

Para decir una palabra acerca de ese sistema de no intervencion, de que tanto se habla en la actualidad, manifestaré que en mi concepto ningún hombre de Estado debe sentar, hablando en la tribuna, principios de rigurosa exactitud, para no verse tal vez de allí á pocas horas obligado á desdecirse de ellos. Por esta falta hemos tenido ocasion de observar la embarazosa situacion de los ministros, que al paso que sin cesar afirmaban que no intervenian, estaban intervi-

niendo continuamente en las transacciones de la Bélgica. El departamento de relaciones exteriores habia espontáneamente declarado que la Francia no consentiria que los austriacos entrasen en los países sublevados de Italia; sin embargo los austriacos han entrado en ellos; la Francia ha dejado hacer, y no pocos honrados ciudadanos que no habrán procedido sino con arreglo á la manifestacion del ministerio francés, estarán acaso en la actualidad maldiciéndonos en el fondo de algun calabozo. Debe, pues, todo gobierno evitar esas miserables contradicciones, no poniéndose trabas por vanas palabras, y obrando segun y cómo sea mas conveniente á sus principios de equidad é interés nacional.

Cierto es que la Francia no está obligada á constituirse en paladin de todos los pueblos que se agitan sobre la tierra, mas tampoco debe alentarles con promesas, ni con palabras imprudentes á lanzarse á empresas que excedan las fuerzas de aquellos; pues en tal caso su sangre caería sobre la Francia. Podia esta nacion permanecer tranquila; mas habiéndose ofrecido por padrino de la libertad en un desafío de esta contra el poder, debia arreglar el lance hasta con el filo de su espada, sino habia otro medio.

¿Es decir que yo habria aconsejado la guerra? Por lo menos hace cinco meses que sin vacilar habria dicho:

«Sacad partido de la nueva situacion del país, de su enerjía, de la benevolencia de las naciones y del estupor de los gabinetes: aprovechad todo eso para hacerle obtener por medio de tratados ó por medio de las armas los límites que le faltan para asegurar su independencia.» Esto era una condicion de vida para un gobierno que hubiese comprendido el movimiento de julio. ¿En la actualidad no habrá ya pasado la hora oportuna? La Europa ha presenciado las tergiversaciones que se han cometido; los reyes han dispartado de su estupor; los pueblos han perdido sus esperanzas: hasta los mismos que han sido engañados se han convertido en indiferentes ó en enemigos. La revolucion dirigida por hombres vulgares ha perdido toda la característica pureza de su origen. ¡Ah! tan desacertada es de algunos meses á esta parte la marcha del gobierno, que no faltan personas ilustradas que opinan que un rompimiento con los extranjeros llegaria tal vez á turbar nuestra paz interior. ¿Hemos llegado, pues, verdaderamente al extremo de tenernos que contentar con que los gabinetes extranjeros se dignen concedernos el favor de no declararnos la guerra? ¿Tenemos que confesar hoy, contradiciendo lo que dijimos ayer, que dejaremos obrar á cada cual como mejor le parezca, y que nos concretaremos á defender nuestro territorio despues de habernos declarado tan caballerosamente paladines de la libertad de todos los pueblos por medio de la no intervencion? ¿Queda el honor francés reducido á la única resistencia que se podria oponer á una invasion? Mucho hay que compadecer al presente gobierno si en realidad se ve por faltas de los anteriores reducido á no poder adoptar otro sistema que el que aquellos siguieron por su indolencia. No se crea llamada la Francia por las jornadas de julio á dar únicamente pruebas de tan dolorosa resignacion.

Si se atiende á ciertos declamadores parece que los desterrados de Edimburgo son los seres mas insignificantes del mundo, y que en ninguna parte se les echa de menos. No falta á lo presente mas que lo pasado. Poca cosa. Como si los siglos no se sirvieran de base los unos á los otros, ó hubiese algun período de ellos que pudiera, digámoslo así, mantenerse en el aire. ¿Por qué razon, pues, por solo haber hecho ó-ajar á un hombre el puesto que ocupaba en *Saint-Cloud* ha sido preciso prestar treinta millones al comercio, vender por 200 milloas de maderas del Estado, aumentar las recaudaciones de 55 céntimos sobre el ca-

pital de contribucion territorial y 30 céntimos sobre otro ramo de la contribucion? Ninguna régia consagracion ha costado mas cara al país que su inauguracion republicana. En vano hace la vanidad alarde de recuerdos, en vano se borran las flores de lis, y se proscriben nombres y personas, esa familia, heredera de mil años, ha dejado un vacío inmenso que por todas partes se echa de ver. Esos individuos tan insignificantes han conmovido la Europa con su caída. A poco que los sucesos produzcan sus efectos naturales, y se desarrollen sus rigurosas consecuencias, Carlos X al abdicar habrá hecho abdicar á todos esos monarcas góticos, grandes vasallos de lo pasado bajo la soberanía de los Capetos.

Los hombres de teorías sostienen que el principio electivo ha ganado con la caída de la legitimidad.

La eleccion es un derecho natural, primitivo, incontestable; pero la eleccion es propia de la infancia de la sociedad, de un pueblo que al verse oprimido y sin garantías legales no tiene otro medio de librarse que la eleccion espontánea de otro gefe. Bajo el imperio de una civilizacion avanzada, cuando hay leyes escritas, y cuando el príncipe no puede transgredir esas leyes sin armarlas contra su propia persona, y sin exponerse á ver pasar la corona á su heredero, la eleccion pierde sus primitivas ventajas, ni le quedan nada mas que los peligros de su movilidad y de su capricho. En un Estado político incompleto, el principio electivo es una constitucion entera; mas en un Estado político perfeccionado la constitucion es la eleccion despojada de todo lo que tiene de apasionado, de ambicioso, de anárquico, y de revolucionario. Si por medio de la eleccion se llega á un cambio de raza lo cual puede ser útil alguna vez, hay que tener en cuenta que tambien se llega á la multiplicacion de dinastías reales, á las guerras civiles como en Polonia, y á la sucesion electoral de tiranías militares, como en el imperio romano.

No siendo el principio del orden por medio de la eleccion perpetuo en una familia perpétuamente reinante, viene á ser transitorio en la persona real transitiva: carece de solidez, y segun el carácter del individuo llamado al trono, se extiende hasta la anarquía, ó se dilata hasta el despotismo. Si por huir de esos peligros se añade el derecho de herencia al de eleccion se forma un monstruo político ambiguo con cabeza de rey y cola de pueblo, que presentará el duplicado inconveniente de la eleccion y la legitimidad sin tener las ventajas de la una, ni la otra.

Marchamos hácia una revolucion general. Si la trasformacion que se está consumando sigue la pendiente sin encontrar ningun obstáculo; si la razon popular prosigue desarrollándose sucesivamente; si la educacion de la clase media no sufre ninguna interrupcion, las naciones vendrán á nivelarse en una comun libertad; y si esta trasformacion no llega á verificarse, las naciones vendrán á nivelarse en un despotismo comun. Este despotismo durará poco en razon de la avanzada edad de las luces; pero será duro y en pos de él vendrá una larga disolucion social. De las jornadas de julio no pueden en último término resultar mas que repúblicas permanentes ó gobiernos militares pasajeros que serán reemplazados por el caos. Aun les sería dado á los reyes salvar el orden y la monarquía concediendo oportunas libertades. ¿La harán? Pienso que no.

Hallándome preocupado de estas ideas, claro está que como individuo he tenido que permanecer fiel á lo que en mi concepto ofrecía mas garantías á las libertades públicas, en el camino menos peligroso para llegar al complemento de esas libertades.

No se entienda que tengo pretensiones de ser un lloron misionero de política sentimental. Al recorrer con la vista el espacio que media desde la torre del Temple al palacio de Edimburgo encontraria sin duda

tanto cúmulo de calamidades como siglos hay acumulados sobre una noble raza. Una mujer hija del dolor ha cargado, como mas fuerte, con el peso mas enorme... no hay corazón que no se parta al recordarlo: á tal sublimidad han llegado sus padecimientos que se han convertido en una de las maravillas de la revolucion. Mas en fin nadie tiene obligacion de sufrir el peso de la corona: la Providencia envia sus aflicciones particulares á quien ella quiere: estas aflicciones son siempre pasajeras, como la vida, y no entran en la cuenta del destino general de los pueblos.

No trato de excitar compasion por una catástrofe provocada: se cometió un perjurio, y luego un asesinato para sostener el perjurio: soy el primero que lo proclamé así al negarme á prestar juramento al vencedor. ¿Se nos otorgaba la Carta? ¿Qué significa eso sino que todas las concesiones quedaban á un lado, y ninguna en el otro? Para que esa Carta quedara otorgada, la nacion habia dado mas de un millar de millones anualmente: habia concedido igual suma para los emigrados, y una cantidad igual para los extranjeros: de este modo el contrato habia sido igualmente obligatorio. ¿No querian cumplirlo? En tal caso debian haber devuelto unos veinte millares de millones, suponer que nada habia sucedido y volver á tomar sus posiciones fuera del país: entonces se habria vuelto á negociar y se habria visto si la nacion consentia en la legitimidad sin la Constitucion.

Mas porque encontraban oposicion constitucional en una cámara que posteriormente ha dado bastantes pruebas de no ser ni facciosa, ni republicana, y valiéndose del pretexto de conspiraciones que ni existian ni han existido hasta el 1823, privar á toda una nacion de sus derechos! ¡declarar á toda la Francia en estado de sitio! era una abominable estupidez que no pudo quedar sin su merecido castigo. Si tamaño atentado de la imbecilidad y la locura hubiera subsistido por algun tiempo, no habria podido menos de derramarse sangre. Implacable es la debilidad cuando consigue alcanzar una victoria. Todas las palabras de los cortesanos y de los espías estaban rebosando de venganza. Yo hubiera sido acaso su primera victima, pues por nada me habria detenido de escribir. Yo me habria creído siempre con derecho de rechazar la violencia con la violencia, y habria dado muerte al primero que me hubiera venido á prender con una orden en la mano. Mas hechas todas esas salviedades no puedo menos de decir que la venganza sin prevision y sin límites á que hemos acudido no deja de ser uno de los mas funestos incidentes que á las libertades y á la paz del mundo podian ocurrir.

¿Qué buscamos? un nivel mas perfecto que nos iguale á todos? Tengamos presente que la desigualdad es inherente á la naturaleza misma de los hombres y las cosas. ¡Cuántos revolucionarios desesperando al ver que ninguno de los resultados que se habian prometido, conseguian durante el curso de la revolucion volvieron contra sí mismos las manos que habian levantado contra la sociedad! El gorro frigio no llegó á parecer á su orgullo mas que una especie de corona, y el descamisamiento una especie de nobleza de que Marat y Robespierre eran los grandes maestros. Frenéticos al encontrar desigualdad hasta en el mundo de los dolores y de las lágrimas, condenados á no poder ser nunca mas que unos plebeyos hasta en el feudalismo de los niveladores y de los verdugos, se envenenaron ó terminaron de cualquier otro modo rabiamente la vida para evadirse de las superioridades del crimen.

¿Nos volveremos á poner entre las manos de esos inválidos *corta cabezas* del 1793, para quienes nada hay magnífico sino las batallas dadas por el verdugo, como contra las jóvenes de Verdun, ó contra el anciano Malesherbes? ¿Creen que las víctimas se dejarían hoy cortar la cabeza tan benignamente como en aque-

tiempo? ¿que sería posible restablecer al asesinato legal, y el atroz reinado del Terror solo para volver á arrojar otra vez la nacion toda desmelenada y sangrienta bajo la cimitarra de Bonaparte con su respectivo acompañamiento de mordazas, esposas, grillos y pantalones imperiales?

Por otra parte ¿qué desearia ese antiguo partido realista, lleno de honor y provida, pero cuyo entendimiento puede compararse con un calabozo cerrado sin ventanas, ni sin ninguna clase de respiradero por donde pueda penetrar un rayo de luz? Ese antiguo y respetable partido volveria á caer mañana en las mismas faltas que cometió á ser: pues no podria librarse de la influencia de los hipócritas, intrigantes, estafadores y espías que le harian pasar la vida en mezquina ocupacion soñando siempre en grandes revoluciones.

Difícil es hacer una eleccion acertada entre los hombres que venderian todas nuestras libertades por una plaza de ayuda de cámara de un rey legítimo, los que comprarian á costa de su sangre una usurpacion que fuera de su gusto y los que no pertenecen ni al uno ni al otro de esos extremos.

Jamás me he asustado por ningun sistema político, pero en fuerza de haberlo recorrido mentalmente todos, he llegado á no creer ni en los pueblos, ni en los reyes, y si solo en los resultados de la inteligencia y en los hechos que componen la sociedad. Nadie está mas persuadido que yo de la perfectibilidad de la naturaleza humana; pero quiero, que cuando me hablan del porvenir, no intenten venderme por cosa nueva los harapos que desde hace dos mil años están de manifiesto en las escuelas de los filósofos griegos y en los sermones de los herejes cristianos. Debo advertir á la juventud que cuando le hablan de comunidad de bienes, de mujeres, de niños, de una confusion de almas y de cuerpos, del panteísmo, del culto de la pura razon, etc. debo advertir á la juventud que cuando le hablan de todo eso, como de una cosa nueva, no hacen mas que reírse de ella; porque todas esas novedades son tan antiguas como las mas deplorables quimeras. Guárdese esa admirable porcion de la patria de abusar de su fuerza, guárdese de conmovir las columnas del templo; pues de lo contrario podria hacer caer sobre ella el porvenir, y no sería la primera vez que han quedado pueblos sepultados bajo ruinas hechas por sus propias manos.

No obedezco pues á preocupacion de ninguna especie cuando en obsequio de mi país me lamento de que el trastorno haya sido demasiado violento. Yo habria deseado que se hubiera contenido al encontrarse con la desgracia y la inocencia. Esa barrera era magnífica; sobre ella habria flotado la bandera de la libertad mas al abrigo de las tempestades, y en su rededor se habrian concentrado mas naturalmente todos los intereses. Obrando de este modo, la juventud tomaba tranquilamente posesion de una era que le pertenecía, y la patria daba dos pasos gigantescos; por un lado se libraba de veinticinco ó treinta años de caducidad y por el otro se quedaba con un hijo á quien habria sido fácil educar con arreglo á las ideas del siglo, acomodándolo á las opiniones y á las necesidades de la nacion. Habriáse hecho en la Carta y en las leyes cuantas innovaciones hubieran sido convenientes, y ayudados del prestigio de la gloria, gozando de la mas amplia libertad habriamos podido convertir este reinado en una de las mas brillantes épocas de los fastos nacionales.

Al decir que la juventud habria sido llamada á tomar naturalmente posesion de su herencia, nada he afirmado que no esté absolutamente fuera de toda duda. En prueba de que la restauracion no ha desdenado servirse de todos los talentos pueden citarse los hombres que ocupan hoy el poder. El señor mariscal Soult y el señor baron Luis fueron ministros de Luis XVIII.

El señor de Villele, en el acto de su caída quiso que se diera la cartera de hacienda á M. Laffitte. Cuando M. de Villele cayó, me propusieron que entrara en el ministerio y acepté con tal que los señores Casimiro Perrier, Sebastiani y Royer-Collard tomaran parte en él, lo cual no pudo arreglarse en aquellos momentos. Parece que Carlos X se acordó en *Saint-Cloud* de mi proposicion, pues nombró á M. Casimiro Perrier ministro de hacienda de Enrique V. En 1829 ofrecieron á M. de Rigny la cartera de marina. Los señores de Argout y de Montalibet han recibido de la legitimidad la dignidad de par, heredándola este último no solamente por parte de su padre, sino hasta colateralmente por parte de su hermano, favor bien merecido sin duda, pero enteramente particular. A mí solamente es, segun creo, á quien la restauracion ha rechazado cordialmente.

¿Pero podiamos habernos detenido en Enrique V? Si ciertamente, con tal que por una parte hubiese habido menos cobardía y por la otra mas serenidad. Suponen que un monarca menor de edad no habria podido sostenerse despues de la abdicacion de la monarquía: dicen que las intrigas de la antigua corte, lo habrian minado todo, que combatiendo en el Estado los poderes uno de hecho y otro de derecho habrian destruido el trono y que por último no habrian subsistido mas que las pretensiones del poder primitivo constituyente de derecho divino.

No opino de ese modo: creo que convocando en torno de Enrique de Bearne los hombres fuertes que no han hallado colocacion ni aun en la monarquía electiva, á todos los caudillos enérgicos de la época liberal y militar, y todos los talentos y á toda la juventud, se hubiera contrarrestado fácilmente la influencia de todos los aficionados á cacerías, de todas las viudas pensionadas, de todos los inquisidores y de todos los publicistas de San German y de Fontainebleau. Por otra parte la experiencia nos ha hecho conocer que es muy poca la influencia que á un rey destronado le es dable ejercer. Dado el caso de que Carlos X y su hijo hubiesen permanecido en Francia, lejos de verse rodeados y solicitados, habrian antes de mucho tiempo caido en la mas profunda soledad.

¿Suponeis lo contrario? Pues entonces os hallabais en el caso de hacer lo que habeis hecho el 6 de agosto, y entonces habriais tenido ademas la ventaja de convencer prácticamente al país de que ya no le era posible ampararse bajo la rama primogénita de los Borbones y que por lo tanto debia elegir un nuevo monarca. Mas por último supongamos que hubiese sido útil despoer á ese huérfano privado á un mismo tiempo sobre el suelo francés, de su padre, de su corona, y de su tumba, supongamos que ese reinado tal cual yo acabo de describirlo no hubiese sido dichoso ¿es por ventura mejor el actual; ofrece mas seguridades para el porvenir?

De todos modos un congreso nacional reunido para examinar lo que se habia de hacer habria en mi concepto, sido preferible á un gobierno improvisado de ciudad en ciudad por treinta millones de hombres al pasar una diligencia con una bandera tricolor. ¿Puede presumirse que los mismos que dieron impulso al movimiento, quisieran que se llevara á cabo tan completamente? Cada nacion tiene sus defectos: el de la Francia consiste en ir demasiado aprisa, trastornar todo, y traspasar los límites del bien en vez de fijarse en ellos, cuando tiene la dicha de encontrarlos. Así en lo moral como en lo físico tiene el pueblo francés la manía de pasar mas allá de la meta que se ha propuesto, hollando ideas y cadáveres de enemigos; sus conquistas habrian debido limitarse al Rin, y en vez de hacerlo así el ejército corrió á Moscu y queria correr hasta las Indias.

El actual gobierno me protege como á un extranjero pacífico: por mi parte debo á sus leyes gratitud y